

CONSIDERACIONES FILOSÓFICAS SOBRE EL ETHOS DEL CABALLERO MEDIEVAL FRENTE A LA MUERTE VIOLENTA

Maharba Annel González García*
UAM-I / CCH Vallejo, UNAM

Dossier

RESUMEN: La finalidad de este escrito es la de comprender el entramado histórico que posibilita la emergencia de la figura del caballero medieval. Se harán inteligibles las condiciones bajo las cuales se dibuja la personalidad de dicho caballero medieval y la actividad de esa figura en una estructura de relaciones sociales que finalmente, son las que permiten su irrupción. En síntesis, se pondrá de manifiesto la experiencia filosófica que la razón hace ante la interdependencia de estos hombres con el ejercicio del poder político de su época para apreciar la subjetividad que se modela frente a la cercanía de una muerte violenta.

PALABRAS CLAVE: caballero medieval, muerte violenta, racionalidad, *ethos*, subjetividad.

Abstract: The purpose of this essay is to understand the historical framework that makes possible the emergence of the medieval knight figure. The conditions under which, the personality of such medieval knight is drawn, will be made intelligible, as well as the activity of such figure in a relational structure which are those that finally permit its irruption. In brief, it will manifest the philosophical experience that reason creates before the interdependence of these men with the exercise of the political power of their era, in order to appreciate the subjectivity that is modeled by the proximity of a violent death.

Key words: medieval Knight, violent death, rationality, *ethos*, subjectivity.

La noche besó al día que se desvanecía con un suspiro.

“Yo soy la muerte, tu madre, de mí obtendrás un nuevo nacimiento”.

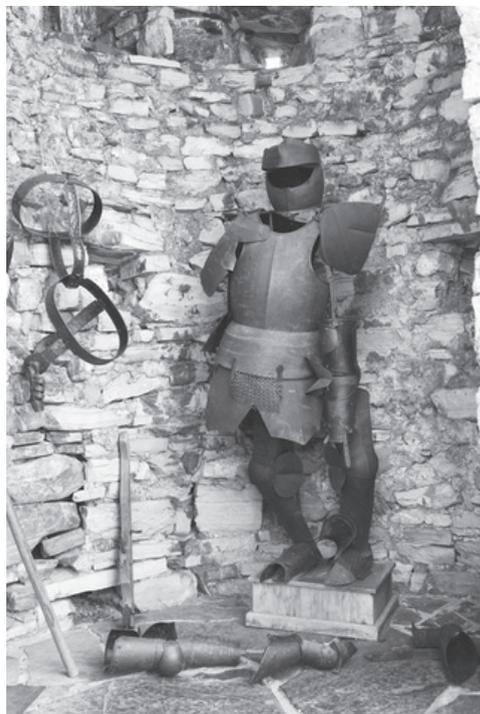
R. Tagore.

La división de clases en la Edad Media viene dada desde el nacimiento,

según la posición social y jurídica que se le ha asignado al individuo, es decir, no era susceptible de cambio alguno. Dicha estaticidad en la división de clases era validada por el cristianismo. Johannes Bühler lo expresa así, “las clases sociales sentían unas por otras

Recibido: 26-diciembre-2011
Aprobado: 29-enero-2011

*Licenciada y maestra en filosofía por la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa. Está por recibir el Doctorado en Filosofía por la misma institución. Profesora de asignatura “A”, CCH Vallejo, UNAM. Texto presentado en el XVI Congreso Internacional de Filosofía, Filosofía: razón y violencia, celebrado en la UAEM, Toluca en noviembre de 2011. Artículo recibido: 26 de diciembre de 2011. Artículo aprobado: 29 de enero de 2011. Correo electrónico: maharba_annel@yahoo.com.mx



un desprecio y un odio que testimonian que, en esto como en tantas otras cosas, lo religioso no hacía más que adaptarse a las condiciones creadas por los factores económicos y políticos de poder.”(Bühler: 2005: 97).

El orden era inmutable y la disconformidad con la clase a la que se pertenecía era en todo como una intromisión de Lucifer, una expresión de soberbia y desobediencia que además merecía ser castigada porque el alma del individuo era creada por Dios una vez que su cuerpo ya había sido engendrado. Era Dios quien elegía a los padres del individuo y con ello, la clase en la cual se habría de desarrollar. Ese hecho era entonces indiscutible. Era un dogma que regía la distribución social y económica de las clases sociales. De manera que el encono entre las clases era acentuado por no haber posibilidad de trascender el orden divino, orden que, además, se limitaba a adaptarse a las condiciones económicas y políticas existentes.

A propósito del horizonte social y cultural del medioevo, Jacques Le Goff afirma que “en la Edad Media, la sangre es la piedra de toque de las relaciones entre los dos órdenes superiores de la sociedad: *oratores* y *bellatores*” (Le Goff: 2005: 36). La clase de los guerreros tendrá como nota sustancial la de derramar sangre mientras que la de los clérigos conformará su cuerpo y espíritu

alejándose de ella, guardianes del dogma, repelen la lucha. La distinción social entre estas clases se dibuja en torno a este tabú. La razón se manifiesta bajo diversas máscaras, es social, es estrategia política pero es también teológica, el Cristo del Nuevo Testamento sanciona el derramamiento de sangre.

Para el cristianismo medieval, lo corporal está por debajo de lo espiritual. La contradicción que se anida en su práctica es evidente pues su fundamento radica en el sacrificio de una víctima que si bien es santa, también es sangrante, Cristo. En la eucaristía se renueva este sacrificio: <<Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre>>, son las palabras que Jesús dirige a sus Discípulos en la Última Cena. La contradicción es manifiesta, la sangre de Cristo es pura y se separa por ello, de la sangre impura de los hombres¹.

¹ El tabú se manifiesta también en otras singularidades. Por ejemplo, la inferioridad de la mujer en la Edad Media, está dada por el hecho de su menstruación. Existía también la prohibición eclesiástica de que los esposos no copularan durante el período de la mujer pues ello tendría como consecuencia el nacimiento de niños con lepra, considerada en ese entonces la enfermedad del siglo. El esperma es también, una mancha. La copulación sólo será tolerada con fines reproductivos y se considera igualmente adúltero a aquel que sienta un deseo demasiado ardiente por su mujer. De hecho, el matrimonio cristiano es un intento de paliar la concupiscencia del ser humano. Se dibujan aquí los límites de una sexualidad asociada desde el siglo XII al tabú de la sangre. Es la más alta manifestación de desprecio hacia lo corporal. La Iglesia genera mecanismos para contener la sexualidad y es así que acuña conceptos que fortalecen su ideología anticorporal, tales como los de <<*caro*>> (la carne), <<*luxuria*>> (lujuria), <<*fornicatio*>> (fornicación). A partir del siglo XII, el sistema se reafirma con la reforma gregoriana (nombre que le viene dado por proceder del papa Gregorio VII (1073-1083). Dicha reforma separa definitivamente a los clérigos de los laicos. Los primeros, siguiendo un modelo monacal, deberán abstenerse de verter el esperma y la sangre, elementos

Lo que pretendo dejar manifiesto con estas breves notas culturales e históricas sobre el cuerpo en la Edad Media es dibujar aunque de manera muy grosera, por el tiempo de que dispongo, el contexto en el cual se desprecia la corporalidad y dentro del cual emerge la figura del caballero medieval.

Hablar de la muerte y acerca de la forma en que se muere nos remite a una historia de la subjetividad en la que la conciencia se encuentra consigo misma a través de la adopción de una serie de prácticas que, a su vez, significa adoptar una forma de vida específica. La conciencia, siendo lo único abierto, lo único a lo que se podrá revelar la verdad de lo universal en sí y para sí, es la que desarrollará la reflexión sobre los objetos que buscará hacer suyos a través de la actividad de su pensamiento. Buscamos entonces poner de relieve la formación de la subjetividad del caballero medieval frente a la muerte.

En la época medieval, la muerte, así como el nacimiento eran acontecimientos sociales. Motivo por el cual, la actitud frente a la muerte era una completamente distinta a la que tenemos en tiempos actuales. La muerte implicaba una ceremonia pública organizada por el propio moribundo que la presidía y conocía su protocolo.

que impiden que el espíritu descienda. Se instituye el orden de los célibes. Por su parte, los laicos están conminados a emplear su cuerpo de manera saludable y modelarlo al interior de una sociedad cuya estructura está dada por el matrimonio y el modelo patrimonial, monogámico e indisoluble. Dentro de los comportamientos sexuales que están permitidos, el de más alto valor es el de la virginidad que en la práctica se denomina castidad. Posteriormente tenemos a la castidad en la viudez y, por último, la castidad al interior del matrimonio.

Philippe Ariès escribe en *Morir en Occidente*, que en la familiaridad con la que se trataba a la muerte a lo largo de la Edad Media estaba implicada también *una concepción colectiva del destino*. Así que el hombre medieval se configuraba de manera inmediata en un entramado profundamente social y ello, contrario a lo que sucede en la actualidad, no excluía a los niños. Por otro lado, este proceso de socialización no escindía al hombre de su entorno natural y el único medio a través del cual podía intervenir en la naturaleza era a través del milagro. En palabras de Ariès, “la familiaridad con la muerte es una forma de aceptación del orden de la naturaleza” (Ariès: 2007: 36). Esa familiaridad repercutía en que el hombre recibía el momento de la muerte como una ley natural, no buscaba mecanismos para sustraerse a ella y tampoco la exaltaba. La aceptaba con la solemnidad necesaria para dejar sentada su importancia como una etapa más de la vida que requería franquearse.

En la Europa del año mil el primer símbolo significativo que encontramos es la del castillo. Éste representa tanto la fortaleza que asegura y protege de la invasión de los paganos como también de la certera amenaza en la figura del guerrero quién, a caballo, es el especialista que sabe cómo intervenir en la guerra y que en retribución de esa eficacia bélica exige como pago el ser mantenido y alimentado por el país, que en contraste con él, está desarmado. En palabras de Georges Duby, el guerrero “vive del pueblo, duramente, salvajemente, aterrorizándolo.” (Duby: 1999: 17).

En los comienzos del siglo XI el orden concerniente a los campesinos lleva en sí una misión muy característica que es la del trabajo rural y ella le representa un reordenamiento social distinto que se convertirá en la separación entre los “nobles y poderosos” y los “pobres”. Se trataba de los *pauperes* que vivían vulnerables y desarmados, situación que les colocaba en la necesidad de ser protegidos. Así, se da un desplazamiento en la barrera social que separa a dichas clases: pobres y poderosos. De esta mutación proviene otra transformación que representó igualmente un cambio de mentalidad frente a la vocación militar desde la perspectiva de los hombres de la iglesia. San Odón, Abad de Cluny elabora un escrito en el que muestra el movimiento que se da a raíz de aquella transformación, se trata de la vida de San Géraud de Aurillac, redactada en los años treinta del siglo X. Se trata de la vida de un noble, un laico y San Odón busca mostrar –y con ello conferir– un valor espiritual a la actividad militar, función exclusiva de la nobleza. San Géraud reúne “el ejercicio del poder con la práctica de la humildad y la preocupación por los pobres, es decir, con dos virtudes propiamente monásticas” (Duby: 1999: 223). Aquí, *miles* es un servidor de Dios y tiene justificado el uso de las armas para proteger a los pobres y perseguir a los enemigos de la Iglesia. En los lugares en donde el poder del Rey dejó de ser eficaz, se dio a los poseedores de armas seculares, la posibilidad de un camino de salvación y de perfeccionamiento espiritual: ayudar con el objetivo de la realeza, i.e., la defensa de los otros dos órdenes seculares: la Iglesia y los pobres.

Si bien el llamado se hacía en primer lugar a los príncipes, estos requerían de la ayuda de los caballeros a quienes, en retribución, repartían feudos o mantenían incluso en sus residencias. Se llamaba pues a todos los portaespadas y ello significaba la cooperación entre los integrantes del grupo de los príncipes y los militares, mismos que se asociaban por lazos feudo-vasalláticos al “poder” y a la actividad bélica. Estamos ante el marco espiritual que elaboró el pensamiento religioso y que permitió que la nobleza y la clase militar coincidieran al servicio de Dios y de los pobres. Ante esta situación, comienzan a darse una serie de modificaciones importantes en el aspecto económico. La primera concierne a la distribución de los poderes de bando. Los campesinos, es decir, los pobres, los que trabajan, serán quienes sufran la imposición y la exigencia de cumplir con el poder de bando². Sin embargo, los nobles estarán libres de esa exigencia y también lo están todos los *milites*. Esta exención los delimita jurídicamente con clase y justifica el uso de un título que defina y muestre ese nuevo ámbito al que pertenecen. Con el nuevo título en los textos jurídicos se dibuja un límite que rodea a la aristocracia y que unifica sus distintas vertientes bajo un mismo rubro. Se escogió el título de *miles* porque además de salvaguardar el honor de los descendientes de una clase distinguida se buscaba separar al grupo de los caballeros del pueblo. La barrera social entre *miles* y *rustici* se agudizó.

² De acuerdo con el trabajo de Georges Duby, la instalación de los derechos de bando así como la demarcación de las castellanías independientes se vinculan estrechamente con la instauración de las instituciones de la paz de Dios.

Lo anterior es el antecedente fundamental para distinguir entre caballeros y campesinos y por representar el esfuerzo de conjunto que realizaron los príncipes y la iglesia para “asegurar” la defensa de los pobres, “...los cuales, desde el primer concilio de paz, el de Charroux de 989, fueron definidos como campesinos” (Duby: 1999: 226). Por tanto, el de los campesinos fue el constructo social que permitió la unidad entre la milicia y el discurso eclesiástico en pos de la supuesta búsqueda de un espíritu de paz y, para la construcción del reino de Dios era necesaria la fuerza física del caballero pero de igual manera, su fortaleza espiritual. De tal manera que la figura del caballero se erigió como uno de los caminos para llegar a Dios, así como el del sacerdote³ y su vocación monástica. En otras palabras, el caballero terminó encarnando tal cantidad de valores espirituales⁴ que el título

³ Cabe señalar que en La Orden de la Caballería –célebre tratado sobre el significado y los orígenes de la condición de caballero– subordina la clase de los caballeros a la clase de los sacerdotes, de manera que aquellos aparecen como su brazo armado. Por ejemplo, cuando el obispo ordena a un sacerdote no requiere de la presencia de un caballero a su lado pero el sacerdote sí debe encontrarse al lado del caballero en la ceremonia de su ordenación e incluso, cuando el escudero haya velado las armas en la iglesia, se acercará al altar y se ofrecerá al sacerdote que es el representante de Dios y, en segunda instancia, a la orden de la caballería, para jurar prestar el servicio a Dios porque sólo debe ofrecerse a aquel que esté en lugar de Dios, no al representante de la caballería.

⁴ A la par que estos valores espirituales, el hecho de ser caballero revestía igualmente un gran prestigio y ello se reflejaba en la elaboración de escudos familiares y la adopción de costumbres sucesorias que anteriormente sólo utilizaban quienes poseían castillos. Nos referimos por ejemplo a los privilegios que en la repartición de herencias, favorecían únicamente al mayor de los hijos.

rápidamente se convirtió en un enorme atractivo para los integrantes de la alta nobleza.

Pero el asunto que llama nuestra atención es el hecho de cómo se puede reconfigurar el entramado social, en este caso, a partir de la labor del rey y de los príncipes señoriales quienes, para conseguir apartar a los caballeros de su tradicional dependencia de los señores feudales, los vincularon directamente a su corte haciendo de esa manera a un lado toda la



serie de requisitos institucionales que antes promovían la distancia frente a los nobles y los caballeros. Aquella vinculación explica la pronta difusión del título *dominus*, de las mansiones amuralladas, los escudos de armas entre otros. Cabe destacar que esta reconfiguración no sucedió de tajo ni de manera uniforme sino que significó una transformación social, económica y también emocional frente a la forma de vivir pues se introdujo a través de la figura del caballero un intenso reordenamiento moral y espiritual. La caballería representaba honor y dignidad puesto que atendía a las representaciones mentales de una época, es decir, la justificación de los derechos sociales a los que tenía acceso la aristocracia a través de la

Situaciones como ésta apreciaremos más adelante en la figura de Guillermo *El Mariscal*.

observancia de una vocación militar pero orientada hacia el *plan divino de la salvación*. Este plan era el del *miles Christi*. Como lo señala Duby, “caballero como los miembros más humildes del grupo aristocrático pero ya no al servicio de un señor, sino al servicio del Señor y combatiendo por él” (Duby: 1999: 232). De esa manera la orden de la caballería se homogeneizó y a lo largo de los siglos XI y XII, la liturgia invadió los ritos de las ordenanzas de caballeros y eso hizo de la orden un completo sacramento⁵ y, por otro lado, la justificación económica le viene a la misma orden, del hecho que el caballero ha sido puesto por dios arriba de los trabajadores para que éstos procuren el sustento de aquél. Mientras los clérigos interpretan entonces las escrituras y enseñan su pertinencia en la vida de los hombres, el *Dios de Gloria* ha elegido a los caballeros para que con su espada venzan y combatan a los infieles que con su falta de fe buscan destruir la Santa Iglesia.

Además de los caballeros nos topamos con un incipiente progreso técnico que va desde el perfeccionamiento del arnés militar hasta el desarrollo de la metalurgia para el armamento. No

⁵ Según Javier Martín Lalanda, el rito sacramental mediante el cual se ordena al caballero, parece provenir del que en 936 se realizó cuando Otón I se coronó como rey de Alemania y se le recordó que con su espada debía combatir a los eslavos paganos y a los malos cristianos. El arzobispo Hildeberto, quien ofreció la ceremonia agregó una obligación: la protección de huérfanos y viudas. Pasado el tiempo, ya a mediados del siglo X el ritual Romano-Germánico continuará con la bendición de la espada, —que involucra tanto las obligaciones del Rey y luego de los príncipes, hasta el momento en que las espadas se den también a los *milites* en la *ceremonia de la orden la caballería*. Ver, Llull, Ramón, *Libro de la orden de la Caballería*, (33-38).

existe aún hierro para los carros pero se utiliza para forjar cascos y cotas de malla que protegen de manera vulnerable al combatiente. Y dentro de los símbolos que distinguen a esta etapa de la historia se encuentra la espada que es el sello de la distinción social del caballero. Aún más que el caballo aquella distingue al caballero del resto del pueblo. “Se cree que las espadas de los príncipes fueron fabricadas en un pasado legendario, mucho antes de la evangelización, por artesanos semidioses. Están cargadas de talismanes. Tienen su nombre, la espada del año mil es como una persona. A la hora de morir (...) el primer afán de Roldán fue por Durandarte” (La Orden de la Caballería: 2009: 25).

El proceso que constituye a los individuos emerge dentro del entramado de la rapiña y el asalto, en la intensidad de la guerra. El caso del caballero es emblemático. En su lucha arriesga la vida por conservar el honor. Se trata de una lucha entablada a través del cuerpo, de la carne y el arrebató que en ocasiones permite deslices tales como la muerte del adversario capturado. Pero es que deslices como ese estaban permeados, entre otras causas, por el alboroto de los banquetes que eran las fiestas a las que se entregaba el caballero para estrechar lazos con sus compañeros y para compartir. Pero, ¿Cómo muere el caballero medieval? ¿Cómo vive el ritual de la muerte?

Comencemos por señalar que el rito en el lecho del moribundo ante la muerte se tiñe en las clases instruidas, hacia fines de la Edad Media, de un carácter dramático y una fuerte carga emocional. Esta evolución, refuerza el

papel del moribundo en la ceremonia de su propia muerte. Ese ritual dice ante todo cómo se debe morir.

Comienza con el presentimiento. El herido o el enfermo sabe que va a morir y se acuesta, sobre la tierra o en el lecho, se rodea de los amigos, compañeros, parientes, vecinos. Así se desarrolla la primera parte de esta liturgia de carácter público. Hay un tiempo para lamentarse de manera discreta y breve por la vida que se deja. Ese lamento sólo tiene lugar una vez.

Posteriormente, viene el espacio para arreglar ciertos deberes, tales como pedir perdón a aquellos con quienes tiene deudas pendientes y repara los errores que ha cometido, encarga a Dios a sus seres queridos y, en algunas ocasiones, elige su sepultura. Dentro de estas prescripciones se incluyen los testamentos: pronuncia en voz alta y frente a los que le rodean aquello que a partir del siglo XII escribirán el cura o el notario. Este segundo acto es el más importante.

Mediante la oración se despide del mundo y el moribundo manifiesta su culpa con las dos manos alzadas hacia el cielo, éste es el gesto de los penitentes. A continuación recita la *commendacione animae*. Si está presente un sacerdote, da la absolución haciendo la señal de la cruz y lo rocía con agua bendita. Finalmente, se adoptó la costumbre de dar al moribundo el *Corpus Christi*, más no la extremaunción. Una vez concluido el tercer y último acto, el agonizante procede a esperar la muerte.

Una vez que el difunto exhala el último suspiro comienzan los funerales. Estas son las ceremonias que en la

actualidad subsisten pero anteriormente, el ritual de la muerte antes descrito fue igualmente importante. Veamos este ritual transfigurado en el caso de Guillermo “El Mariscal”.

Corre el año de 1219 y a partir de ese año es donde se tiene rastro de los actos de Guillermo *El Mariscal*. Antes de esa fecha, la historia de su vida no está registrada en los archivos. Decía que tenía más de ochenta años de edad. Sin embargo, en aquella época, la exactitud en los años de vida no era algo que a los hombres importara, había más cosas que acaparaban su atención así que el número de años pasaba a un plano secundario. Lo cierto es Guillermo *El Mariscal* no sabía bien su edad y según investigaciones basadas en cálculos y aproximaciones, se propone 1145 como año de su nacimiento.

Se dice que siempre fue un hombre fuerte y vigoroso pero en la Candelaria, en 1219 se derrumbó y comenzó su ocaso. Corre el mes de marzo, llega a Londres y desde ese momento se acuesta. Son tiempos de cuaresma. Dice certero Duby al respecto, “¿Es posible imaginar un momento mejor para sufrir, aceptar el sufrimiento, soportarlo en descargo de las propias culpas y purificarse lenta, sosegadamente, antes del gran pasaje?” (Rojas: 2004: 342).

Cuando los médicos declaran que ya no hay nada más que hacer y la enfermedad ha empeorado, Guillermo llama a los que le servían de escolta una vez que salía de espacio privado⁶.

⁶ Como nota aparte, es útil señalar que hablar del espacio privado o de la esfera privada durante el feudalismo significa señalar la existencia de los espacios en donde, literal, se fragmenta el espacio público. La vida privada tenía su origen en las relaciones

El detalle importante en este momento consiste en el hecho de que nuestro personaje no se queda solo en ningún momento. A comienzos del siglo

de amistad, en aquellos entramados sociales que promovían la transmisión del derecho a mandar. El asunto concernía solamente a una actitud de doble devoción, i.e., hacia un protector y hacia los protegidos. “Así, la imagen se ubica en una jerarquía de cuatro niveles: la casa real engloba las de los príncipes, los casas principescas a su vez envuelven a los castillos y cada una de las torres tiene bajo su dominio a la fracción del pueblo establecida a su alrededor”. Ver, DUBY, G. en Rojas: 2004: 331. Esto es importante señalarlo pues en aquella época, se extendieron las imágenes mentales y los usos que se habían arraigado en la vida privada de esa época y esto hizo que se llegara a concebir al Estado incluso como un gran organismo familiar. Un ejemplo de lo anterior lo encontramos en el palacio de Aquisgrán, construcción que fue el prototipo de las residencias medievales principescas, cuando las reglas que los grandes señores del imperio hacía anualmente al soberano así como los tributos que entregaban los esclavos se introducían en el palacio real, todo, excepto los brebajes y el forraje para los caballos, se recibía y se colocaba bajo la presencia y dirección de la esposa del rey, quien “...por su condición misma de mujer estaba excluida del pueblo, reclusa en el interior”(Rojas: 2004: 328). Esto indica un claro giro del poder público hacia el ámbito de lo privado. En las comidas que compartía el rey con los grupos que lo rodeaban antes de partir a una expedición militar o a partida de caza o ya estando en el campamento. Comían todos juntos, el señor los acompañaba y era concebido como un *nutridor*. La comida jugaba un papel simbólico muy importante en los rituales en los que se ejerce el poder. Todos los que acompañaba al soberano en esos momentos concebían de manera voluntaria el servicio consentido libremente hacia el Rey. A través de las manos se cerraba el vínculo de aquella relación. El amo tomaba entre sus manos las de aquel que, de esa forma, entregaba su persona y como tal, parecía tomar la postura que adoptaría un niño frente a su padre. Señalan Ariès y Duby, “la asamblea que cada primavera reunía en torno al rey carolingio a todo el que contaba con el Estado era así vivida como una reunión de familia, con intercambio de regalos y banquete; y eso (...) provocaba la necesaria ostentación de lo privado del rey” (Rojas: 2004: 316-341).

XIII nadie está solo a menos que padezca de sus facultades mentales, sea un poseído o un marginal. En esos tiempos, los individuos se definían y modelaban su ser al interior de diversos entramados sociales que se cohesionaban entre sí a través de la amistad o de los servicios que se prestan unos a otros.

La de Guillermo *El Mariscal* es una muerte principesca y, como tal, no puede llegar a ese momento solo. Necesita a su lado al grupo de hombres que siempre le han acompañado, sus caballeros y, además, su hijo mayor. Se trata de la muerte de un grande, es un espectáculo grande y grande también deberá ser el espectáculo que está por comenzar. Su primer deseo es morir en casa, por eso pide que lo lleven para allá, a Caversham, a su propio *manor*. Aunque posee varios, escoge éste porque está cerca de su pueblo natal. Ya no le es posible cabalgar por ello se le acomoda en una barca que lo conducirá a lo largo del Támesis hasta su destino. Su mujer lo sigue en otra barca detrás y comienzan así, en caravana su recorrido.

Se trata de un hecho magistralmente regulado al que hay que acercarse lentamente para poder apreciar el tránsito de un estado a otro superior, en palabras de Georges Duby, “...transición tan pública como lo eran las bodas, tan majestuosa como la entrada de los reyes en sus buenas ciudades” (Rojas: 2004: 323). Y, la transición de un grande como *El Mariscal* será un espectáculo hermoso, una fiesta que se desplegará con toda su luminosidad como si de una gran obra de teatro se tratase, cada gesto, cada palabra, eran dignas de atención porque tenían que expresar

la grandiosidad del moribundo que se estaba despidiendo pero, sobre todo, su ejemplo en virtuosidad moral. La suntuosidad de esa muerte estaba dada entonces por la imperiosa necesidad de reafirmar la moral del que estaba a punto de partir. Ése era deber del que por supuesto estaba consciente también el moribundo.

Nos encontramos pues, con un preludio que es solemne y representativo de la dignidad del personaje que nos ocupa. Él ya no puede moverse de la cama, por ello, los hombres más importantes del reino deben atravesar el río para ir a verlo. Enrique, el pequeño rey, tercero de ese nombre, le visita el 8 o 9 de abril y Guillermo le dedica un discurso moral semejante al que todo padre debe dar a su primogénito desde su lecho de muerte. El discurso le exhorta a ser virtuoso y mesurado, a alejarse del vicio y no deja de disculparse por abandonarlo tan pronto y dejarlo sin protección. Una vez terminado, Guillermo pide a la compañía que se retire. Necesita estar a solas para pensar y decidir quién le sucederá como guardián. Él tiene la suficiente autoridad para decidir quién va a ocupar su lugar. Finalmente decide que serán Dios y el Papa los encargados de procurar el bienestar del Rey. Al día siguiente, haciendo el esfuerzo por levantarse de un costado, pide al Rey que vaya a su lado, lo toma con sus manos y lo pone en las manos del legado. Posteriormente, pide a su hijo que vaya a Reading, lugar en el que vive la corte para que representándolo, repita el gesto de manos que recientemente realizó, *rito de desvestidura y de investidura por el cual se realiza el cambio de posesión* (Rojas: 2004: 344).

El Mariscal descansa y se recuerdan las que siguen, como las palabras que, después de su muerte, se consideraron dignas para recordarlo,

“Yo ya estoy liberado, pero es necesario que vaya más allá, que me ocupe de mi alma, puesto que mi cuerpo está en peligro, que mientras vosotros me escucháis acabe de liberarme de todas las cosas terrestres para no pensar ya más que en las celestes” (Rojas: 2004: 345).

Porque lo más importante es liberarse del cuerpo como de una carga inútil, de lo que se relaciona con la tierra. El que va a morir orienta sus últimos esfuerzos a aligerarse para elevarse más rápido y más alto. En el momento de la salida, el estado más conveniente para el moribundo es la desnudez, tal como vio la luz al momento de salir del vientre de su madre; se trata de re-nacer a una nueva vida y de mucho más valor que el momento de la simple muerte.

Como reflexión tenemos que, la sociedad medieval se presentaba violenta en su cotidianeidad y esa actitud se reforzaba por la peste, las enfermedades y las continuas hambrunas. Era así como se volvía a la muerte una realidad omnipresente. Sin embargo, ello no significa que la población fuese inmune al sufrimiento o no se viera perturbada ante la presencia aleatoria y arbitraria de la violencia. El impulso a la violencia estaba fuertemente motivado por el miedo que esa aleatoriedad inspiraba y, por sorpresivo que parezca, era el inmenso deseo de estabilidad el que moldeaba la estructura de los planteamientos sociales. Se trata de una violencia organizada al interior de

un determinado pliegue del proceso civilizatorio que genera dentro de sí los mecanismos para regular el orden social. Es ahí donde se inscribe la figura del caballero.

Siguiendo de cerca la teoría sobre el Proceso Civilizatorio que sustenta el sociólogo Norbert Elias, encontramos que hay una transformación en la sensibilidad y la personalidad del individuo. Dicha transformación tiene lugar al interior de un proceso que no ha sido planeado con anterioridad y cuyas consecuencias tampoco pueden proyectarse hacia el futuro. Esto no significa que el movimiento de este proceso sea azaroso o contingente. Por el contrario, encontramos que el ritmo en el que se ordenan los sucesos que a su vez lo componen, dibujan la racionalidad misma del proceso. Lo que he tratado de hacer en este escrito es por tanto, reconstruir ese orden inmanente a ese pliegue del proceso. Podemos observar la formación y el ordenamiento de muchos procesos sociales. Se configuran entramados que involucran las relaciones que los individuos establecen entre sí y, asimismo, se forman determinadas funciones psíquicas que les impelen a reaccionar ya sea con vergüenza, con decoro, con alegría intensa o por el contrario, con sentimientos de frustración. Son determinadas fuerzas coercitivas las que

motivan el avance de la historia en determinada dirección, así como la cualidad constitutiva indiscutible del ser humano y el conjunto de la autodirección psíquica humana. En la *Sociedad de los individuos*, Elias sostiene, “a partir de fuerzas coercitivas de los entrelazamientos, se han producido y se producen tanto las épocas más pacíficas de la historia como las épocas de guerra y revolución, tanto las épocas de florecimiento como las de decadencia, tanto las etapas del arte más elevado como las de los meros imitadores” (Elias: 1987: 64).

Es una configuración de individuos la que implica un determinado orden de entrelazamientos que, a su vez, determinan el cambio histórico que subyace al proceso de civilización. Así pues, era que en la Edad Media las explosiones de cólera se reservaban a los *bellatores* y se negaban en cambio a los *laboratores*, es decir, los estamentos de rango inferior que dependían de las clases superiores y que no podían recurrir por cuenta propia a la espada para resolver las diferencias en turno. De manera que en las clases altas, el recurso a la violencia era una posibilidad que se encontraba al alcance de la mano, o mejor dicho, de la espada y podía surgir con facilidad en los primeros instantes de cualquier disputa.

Este tipo de comportamientos estaban sustentados, entre otros motivos, por la literatura de la época que mostraba una enorme sed de sangre, caballeros cercenados desde el hombro a la cadera y los cuentos con enseñanzas morales apenas diferían. Sean McGlynn cita el caso de una mujer que se ha fugado con



un monje en su texto *A hierro y fuego*, “los ultrajados hermanos de la joven la descubren *in flagranti delicto*. Castran al monje, arrojan las partes arrancadas al rostro de la muchacha y la obligan a comérselas. Después ahogan a los amantes (McGlynn: 2009: 39).

Ante la cotidianeidad de la violencia, la única regulación estaba en manos del poder regio cuyo principal objetivo al buscar la manera de regular la violencia entre las clases nobles y el pueblo, era el de perpetuarse a sí mismo. Su principal preocupación consistía en el riesgo de que una discordia entre familias pudiera trascender los límites del entorno familiar y provocar el enfrentamiento a muerte de regiones enteras. Con la puesta en práctica de la llamada por San Agustín, Guerra Justa (McGlynn: 2009: 131), se agudizó el espiral de la violencia recíproca puesto que, como señalaba la teoría dicha, si el motivo de la contienda era vengar una injuria se consideraba una guerra justa. Situación que fomentaba que las enemistades familiares o de clanes.

Finalmente, lo que requiere dejarse anotado es el hecho de que todo cambio en el comportamiento del individuo es la transformación de circunstancias sociales y de leyes que objetivan la estructura de la sociedad.

Como resultado de la reorganización de los hábitos individuales se origina también una reorganización dentro de la estructura psíquica individual, es decir, el sujeto empieza a concebir ciertas clases de restricciones necesarias en su comportamiento. Esa autocoacción implica un autodomínio consciente que se expresa bajo la forma de las costumbres y se llega a similar de tal forma y con tal intensidad que llega a funcionar de modo automático en la *psique* de los individuos. Para Norbert Elias, “la civilización no es <<racional>> y tampoco es <<irracional>>, sino que se pone y se mantiene ciegamente en marcha por medio de la dinámica propia de una red de relaciones, por medio de cambios específicos en la forma en que los hombres están acostumbrados a vivir” (Elias, 1989: 451). Lo anterior hace alusión a que la marcha e imbricación de las mismas relaciones sociales entre sí desemboca, a su vez, en una mayor diferenciación de funciones sociales como consecuencia de la competencia social. Lo que se necesita entonces es ajustar el comportamiento de los individuos y una mejor organización de la red de acciones para alcanzar el contexto adecuado bajo el cual la acción individual llegue, efectivamente, a cumplir con su finalidad social.

BIBLIOGRAFÍA

- Ariés, Philippe. *Morir en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días*. Adriana Hidalgo editora, Argentina, 2007.
- Anónimo del siglo XIII. *La orden de Caballería*. FCE, España, 2009.
- Bühler, Johannes. *La cultura en la edad media*. Círculo Latino, Barcelona, 2005.
- Duby, Georges. *Guillermo el Mariscal*. Alianza Editorial, Madrid, 1987.
- _____. *Europa en la Edad Media*. Paidós, Barcelona, 1999.
- Le Goff, Jacques y Truong Nicolas. *Una historia del cuerpo en la Edad Media*. Paidós, Barcelona, 2005.
- McGlynn, Sean. *A hierro y fuego, Las atrocidades de la guerra en la edad media*. Crítica, Barcelona, 2009.
- Rojas, Beatriz. *Obras selectas de Georges Duby*. FCE, México, 2004.